

Diario del PEREGRINO V ETAPA

1^o Querido peregrino:

Ya llevamos la mitad del camino andado, esperamos que con la misma ilusión que al principio, te encamines hacia la quinta etapa.

No olvides que caminamos todos juntos, caminamos como hermanos porque somos cristianos y ser cristiano significa ser de Cristo, miembros de su Iglesia, seguirle, escucharle, ser sus discípulos.

En esta etapa queremos profundizar qué significa ser discípulo de Jesús, y para ello te invitamos a leer y reflexionar varios fragmentos de la catequesis del Papa Francisco:

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

El Evangelio de hoy nos presenta el encuentro de Jesús con los primeros discípulos (cf. Jn 1,35-42). Esta escena nos invita a hacer memoria de nuestro primer encuentro con Jesús.

Cada uno de nosotros ha tenido un primer encuentro con Jesús; de niño, de adolescente, de joven, de adulto, adulta... ¿Cuándo encontré a Jesús por primera vez? Podemos hacer un poco de memoria y después de este pensamiento, este recuerdo, renovar la alegría de seguirlo y preguntarnos: ¿Qué significa ser discípulos de Jesús? podemos tomar tres palabras: buscar a Jesús, vivir con Jesús, anunciar a Jesús.



En primer lugar, buscar. Dos discípulos, gracias al testimonio del Bautista, comenzaron a seguir a Jesús y Él, «al ver que lo seguían, les pregunta: “¿Qué buscáis?”» (v. 38). Son las primeras palabras que Jesús les dirige: ante todo les invita a mirar en su interior, a interrogarse sobre los deseos que llevan en el corazón. “¿Qué estás buscando?”. El Señor no quiere prosélitos, no quiere “seguidores” superficiales, el Señor quiere personas que se interroguen y se dejen interpelar por su Palabra. Por lo tanto, para ser discípulos de Jesús es necesario ante todo buscarlo, tener un corazón abierto, en búsqueda, no un corazón saciado o conforme.

¿Qué buscaban los primeros discípulos? Lo vemos a través del segundo verbo: **vivir**. Ellos no buscaban noticias o informaciones sobre Dios, o señales o milagros, sino que deseaban encontrar al Mesías, hablar con Él, estar con Él, escucharlo. La primera pregunta que hacen, ¿cuál es?: «¿Dónde vives?» (v. 38). Y Cristo les invita a estar con Él: «Venid y veréis» (v. 39). Estar con Él, quedarse con Él, esto es lo más importante para el discípulo del Señor. La fe, en suma, no es una teoría, no, es un encuentro, es ir a ver dónde vive el Señor y habitar con Él.

Buscar, vivir, y finalmente anunciar. ¿Yo busco a Jesús? ¿Vivo en Jesús? ¿Tengo el valor de anunciar a Jesús? Ese primer encuentro con Jesús fue una experiencia tan fuerte que los discípulos recordaron para siempre la hora: «era como la hora décima» (v. 39). Esto muestra la fuerza de ese encuentro. Y sus corazones estaban tan llenos de alegría que sintieron inmediatamente la necesidad de comunicar el don recibido. De hecho, uno de los dos, Andrés, se apresura a compartirlo con su hermano, Pedro y lo lleva al Señor. Buscar al Señor, estar con Él.

Hermanos y hermanas, también nosotros hoy hagamos memoria de nuestro primer encuentro con el Señor. Cada uno de nosotros ha tenido un primer encuentro, tanto en familia como fuera... ¿Cuándo encontré al Señor? ¿Cuándo el Señor tocó mi corazón? Y preguntémosnos: ¿Somos

todavía discípulos enamorados del Señor, buscamos al Señor o nos hemos acomodado en una fe hecha de costumbres? ¿Vivimos con Él en la oración, sabemos estar en silencio con Él? Y después, ¿sentimos el deseo de compartir, de anunciar esta belleza del encuentro con el Señor?

(Papa Francisco: Ángelus, Plaza de San Pedro, Domingo, 14 de enero de 2024)

Un discípulo es más que un seguidor o simpatizante, había multitudes que seguían a Jesús y escuchaban sus parábolas, estas personas no lo conocían en profundidad, ni entendían sus enseñanzas, le seguían por curiosidad, atraídos por sus milagros. En cambio, había un grupo de personas que tenían una comunicación más profunda con Jesús y le seguían más de cerca, sus discípulos.

El verdadero discípulo escucha atentamente las enseñanzas de su maestro, se compromete a hacerlas parte de su vida aplicándolas, busca imitarle en todo, está dispuesto a seguirle fielmente, y a llevar a otros el mensaje de Jesús.

No se nace siendo discípulo. El discípulo se hace por el amor del Señor. Dejas de ser multitud en el encuentro con el Señor, donde te desvela tu verdadera identidad, la de persona amada por Dios y llamada al amor.

La multitud pide que recen por ellos; los discípulos piden a Jesús aprender a rezar.

La multitud quiere los beneficios de Jesús; los discípulos quieren intimidad con Jesús.

La multitud quiere milagros; los discípulos quieren aprender a hacer milagros en el nombre de Jesús.

La multitud admira a Jesús; los discípulos quieren ser como Jesús.

La multitud busca soluciones rápidas; los discípulos buscan un cambio de vida profundo.

La multitud tiene una fe superficial y emotivista; los discípulos tienen una fe profunda y basada en la convicción.

La multitud quiere que la Iglesia les venda sacramentos; los discípulos van a encontrarse con Jesús en ellos.

La multitud quiere ser servida en la Iglesia; los discípulos se dejan servir por Jesús y sirven al mundo.

La multitud va a la Iglesia; los discípulos son la Iglesia.

La multitud es numerosa, pero vive su fe en soledad; los discípulos son pocos, pero viven su fe como hermanos.

La multitud cumple, para tranquilizar su conciencia; los discípulos aman, porque Jesús ha purificado sus conciencias

Pregúntate:

¿Yo sigo a Jesús?, ¿Cómo lo sigo? ¿De lejos? Como la multitud de los evangelios, o ¿de cerca? como los discípulos, a los que Jesús conocía y llamaba por sus nombres, ¿Cómo quiero seguirle a partir de ahora?

2º

Y POR NUESTRA CAUSA FUE CRUCIFICADO EN TIEMPOS DE PONCIO PILATO, PADECIO Y FUE SEPULTADO.

Durante este mes nos encontramos con esta realidad:

Lo que vieron los ojos de la multitud: un hombre cumpliendo una condena, clavado en una cruz por decisión de una autoridad romana. El triunfo de la muerte.

Lo que vieron y verán los ojos de la fe: El Hijo de Dios dando su vida, movido por amor a cada persona, haciendo suyo el dolor y pecado de cada ser humano, atrayendo a todos al Padre. El Triunfo del amor y la vida.

¿Con qué ojos mira el discípulo, con los de la multitud o con los de la fe? Ante la cruz, el discípulo experimenta los mismos sentimientos que la multitud: miedo, abandono, ganas de huir, fracaso, dolor extremo. Pero al mirar a Jesús colgado del madero aprende que el camino del dolor conduce al abandono en las manos del Padre. Descubre en los ojos del crucificado un amor que lo llena de fuerza y esperanza cuando aparece el dolor, entiende que el amor conduce a la cruz, y que en la cruz el amor se purifica. El discípulo lucha cada día contra la fuerza del mal, se sabe frágil, pero su esperanza no la pone en sí mismo sino en Aquel que lo ha llamado y que no defrauda.

TAREAS DIARIAS:

-Encuentra tiempo para dedicar a la oración: acude a rezar delante del Santísimo si puedes (te animamos a apuntarte a un turno de adoración en la parroquia), si no, habilita en tu casa un espacio que te ayude a ello, busca el momento donde más tranquilo/a puedas estar.

-Lee cada día el Evangelio que corresponda, para ir conociendo la vida de Jesús (te puede ayudar descargar la app de e-prex o de la Conferencia Episcopal).

-Ofrece al Señor tus dificultades, tus preocupaciones, tus angustias, tus contrariedades de cada día, tu dolor.

TAREAS DEL MES:

-Busca oportunidades para servir a los demás, da ejemplo con tu vida, con tus palabras y con tus acciones para que los demás puedan ver en ti, al verdadero discípulo de Cristo. Te puede ayudar, recordar las obras de Misericordia:

OBRAS CORPORALES DE MISERICORDIA

1. Dar de comer al hambriento
2. Dar de beber al sediento
3. Dar posada al necesitado
4. Vestir al desnudo
5. Visitar al enfermo
6. Socorrer a los presos
7. Enterrar a los muertos

OBRAS ESPIRITUALES DE MISERICORDIA

1. Enseñar al que no sabe
2. Dar buen consejo al que lo necesita
3. Corregir al que está en error
4. Perdonar las injurias
5. Consolar al triste
6. Sufrir con paciencia los defectos de los demás
7. Rogar a Dios por vivos y difuntos

LECTURAS PARA EL CAMINO

Texto del Magisterio

EVANGELII GAUDIUM Nº 120

En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones.

La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos « discípulos » y « misioneros », sino que somos siempre « discípulos misioneros ». Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: « ¡Hemos encontrado al Mesías! » (Jn 1,41). La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús « por la palabra de la mujer » (Jn 4,39). También san Pablo, a partir de su encuentro con Jesucristo, « enseguida se puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios » (Hch 9,20). ¿A qué esperamos nosotros?

4º

PARA ORAR



No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

(Soneto Fray Miguel de Guevara)





El testimonio de los santos y los mártires nos ayuda hacer fecunda nuestra esperanza. Ellos nos acompañan y nos recuerdan que estamos llamados a ser santos en el estado al que cada uno nos ha llamado el Señor. Ellos también han sido peregrinos y ya han culminado su peregrinación.

SANTO DE LA ETAPA: San Ignacio de Loyola

El discípulo misionero de hoy es un hombre cuya influencia en la vida misionera de la Iglesia continúa en todo el mundo incluso hoy, se llama Ignacio de Loyola.

Nació en el País Vasco en 1491, en una familia noble de la provincia de Guipúzcoa. Quedó huérfano de madre a los siete años, por lo que desarrolló una fuerte relación con su padre. Sirvió en la corte del rey Fernando de Aragón, “el católico”, llevando una vida bastante mundana, soñaba con realizar hazañas militares, pero un cañonazo lo condenó a estar postrado en una camilla.

Durante su recuperación, quiso leer novelas de caballería, que le gustaban mucho. Pero en el castillo, los únicos dos libros que había eran: Vida de Cristo y Vidas de los Santos. Sin mucho interés, comenzó a leer y le gustaron tanto que pasaba días enteros leyéndolos sin parar. Se encendió en deseos de imitar las hazañas de los Santos y de estar al servicio de Cristo. Pensaba: “Si esos hombres estaban hechos del mismo barro que yo, también yo puedo hacer lo que ellos hicieron”.



A partir de este momento decidió cambiar completamente su vida para caminar por la senda del Señor, por lo que abandonó la casa de su familia, en la que se estaba recuperando y comenzó su peregrinación buscando la Voluntad de Dios.

En el camino, abandonó simbólicamente sus ropas militares, las cuales puso ante una estatua de la Virgen. Luego, se puso un hábito humilde y continuó su camino, pero tuvo que detenerse por causa de su mal estado de salud. De hecho, se dice que pasó varios meses en una cueva, donde probablemente comenzó a escribir su diario y sus "ejercicios espirituales".

San Ignacio tenía un corazón lleno de un celo ardiente por Jesús. Además, su osadía y entusiasmo misionero, así como su discernimiento de espíritus, le permitieron convertirse en un extraordinario director espiritual para la conciencia. Ignacio era un hombre sin rodeos, quien solo deseaba una cosa: el Corazón de Jesús.

Su modelo eran los primeros discípulos de Jesús, que salen de Jerusalén y llevan a todas partes "hasta los extremos del mundo" la noticia de la Vida, la Muerte y la Resurrección de Jesucristo, y de un modo especial, el apostolado itinerante de Pablo. A lo largo de su vida, demostró un gran poder en su capacidad para inspirar a otros y difundir el mensaje del evangelio.

En 1537 fue ordenado sacerdote. Uno de los poderes más destacados de San Ignacio fue su habilidad para convertir a las personas al cristianismo. A través de su predicación y testimonio personal, logró persuadir a muchos a abandonar sus antiguas creencias y abrazar la fe cristiana.

Su mayor contribución a la vida misionera fue la fundación de la Compañía de Jesús con el propósito de formar y enviar misioneros cristianos a todo el mundo, sacerdotes y laicos.



San Ignacio murió repentinamente, el 31 de julio de 1556. Fue beatificado el 27 de julio de 1609 por Pablo V, y canonizado en 1622 por Gregorio XV.

Reflexiones del peregrino:

En este espacio puedes ir anotando tu proceso:

Tus experiencias de dificultad, cansancio, esfuerzo, preguntas, nuevas formas de ver tu vida, de relacionarte, de vivir una situación difícil.

Reflexiona en la oración. Pide al Espíritu Santo que te ilumine.



